

**SEXUALIDAD Y GÉNERO
EN «IN PIPILTZINTZIN»
O «LA GUERRA DE LAS GORDAS»,
DE SALVADOR NOVO.
ALGUNAS ACLARACIONES MEDIANTE
LAS FUENTES COLONIALES**

Nicolás Balutet

Universidad Politécnica Hauts-de-France

Laboratorio CRISS

RESUMEN

Este artículo proporciona las fuentes coloniales en las que se inspira el escritor mexicano Salvador Novo (1904-1974) a la hora de redactar la pieza teatral *In pipiltzintzin* o *La guerra de las gordas* (1963). Esta obra, donde el dramaturgo recrea la vida en la corte de Moquíhuix, el *tlatoani* o rey de la ciudad de Tlatelolco entre 1460 y 1473, se

focaliza particularmente en aspectos sexuales y genéricos, de ahí que el análisis propuesto analice cuatro elementos significativos de la pieza: la evocación de dos reinas, los comentarios sobre la sexualidad de algunos personajes históricos, la supuesta participación de mujeres desnudas en una batalla y la muerte de Moquíhuix.

En la farsa pícaro *In pipiltzintzin* o *La guerra de las gordas* (1963), el escritor mexicano Salvador Novo (1904-1974) recrea la vida en la corte de Moquíhuix, el *tlatoani* o rey de la ciudad de Tlatelolco entre 1460 y

1473¹. Poco se ha escrito acerca de esta pieza algo enigmática. Para facilitar su comprensión y análisis, el objetivo de este artículo consiste por lo tanto en proporcionar las fuentes coloniales en las que se inspira el dramaturgo a la hora de redactar su obra. Cabe precisar que muchas de estas fuentes, en particular las crónicas de Indias, resultan ambiguas ya que oscilan entre textos literarios y documentos antropológicos (Weil, 1984: 57). En efecto, las crónicas de Indias suelen revestir los atuendos de la ficción, no sólo por la “literarización” del relato, es decir la puesta en forma de los apuntes de viaje, sino también (y sobre todo) por el hecho de que los cronistas proyectaron en este nuevo mundo que iban descubriendo sus propias fantasías. Este estatus particular de algunas fuentes quizás fuera lo que más le interesó a Salvador Novo, lo que explicaría en parte que *La guerra de las gordas* se focaliza particularmente en aspectos sexuales y genéricos, tan presentes en la prosa de los conquistadores, misioneros y colonizadores. Nos detendremos primero en la evocación de dos reinas, antes de analizar los comentarios sobre la sexualidad de algunos personajes históricos. Luego, nos concentraremos en la batalla entre Moquíhuix y Axayacatl, el emperador de Tenochtitlan, en la que algunas mujeres (las famosas “gordas” del título), que estaban amamantando a sus hijos, habrían participado desnudas en la guerra para ahuyentar al enemigo. Terminaremos estudiando la muerte de Moquíhuix.

1. LA EVOCACIÓN DE DOS REINAS

Dos reinas aparecen en *La guerra de las gordas*: Ilancuéitl y Chalchiuhnenetzin. En cuanto a la primera, los personajes Moquíhuix y Tecónal la evocan así:

[1] La edición de referencia será Novo (1965) pero es posible encontrar una versión en línea siguiendo el enlace siguiente: <http://norteatro.com/wp/wp-content/uploads/2017/09/6.2-Novo-In-pipiltzin.pdf>.

Moquíhuix. [...] Pero ¡Ilancuéitl! ¿Qué tiempo llevan casados? Tecónal (reflexiona). Pues si es la misma... ¡desde el reinado de Acamapichtli! No puede ser. Llevará el mismo nombre, pero ha de ser otra. Mayor que el rey, eso sí. (Novo, 1965: 60-61)

Estas palabras muy imprecisas reflejan el hecho de que poco se sabe sobre la identidad y el papel político desempeñado por dicha reina, descrita a veces como madre, esposa, hermana o tía de Acamapichtli, el primer soberano azteca oficial, cuando no la primera *tlatoani* según la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, los *Anales de Cuauhtitlán* y Tezozomoc:

En este tiempo tenían los mexicanos por señor a Ilancueitl, una señora principal que los mandaba, y esta fue mujer de Acamapictli [...] y muerta ella, fue él tomado por señor, porque en vida della no fue tenido sino por principal. (“Historia de los mexicanos por sus pinturas”, 1965: 57)

En este año [8 acatl] murió la Señora Ilancueitl, en México, y según los de Cuitlahuac, en 9 tecpatl se fundó el gobierno mexicano, colocándose en la silla real Acamapitzin. (“Anales de Cuauhtitlán”, 1945: 58)

Tuvo [Xihuiltemoc] por hija a Ilancueitl, primera reina de México, murió sin descendencia en 1383. [...] Acamapichtli II, rey de Culhuacan y primer rey de México, muerto en 1404. (Tezozomoc, 1975: 187)²

En cuanto a Chalchiuhnenetzin, hermana de Axayacatl y esposa de Moquíhuix, la descripción proporcionada por las crónicas de Indias no resulta muy halagadora. Fernando de Alvarado Tezozomoc, por ejemplo, relata que “su marido Moquíhuixtli ya no la estimaba en nada, por ser endeble, de feo rostro, delgaducha y sin carnes”, añadiendo después que:

[2] Sobre esta reina, léase Durand-Forest (1986: 13).

[e]sta princesa Chalchiuhnenetzin no era fuerte, sino delgaducha, ni de buenas carnes, sino antes bien de pecho muy huesudo, y por ello no la quería Moquíhuixtli y la maltrataba mucho. Por eso se vino aquí a Tenochtitlan a relatarle a su hermano menor, Axayacatzin, lo que hacía Moquíhuixtli, así como que hablaba de guerrear contra el tenóhcatl; vino a decírselo todo, habiéndose enojado y preocupado muchísimo el rey Azayacatzin al oírlo, por lo que dio comienzo a la guerra, diciéndose por ello que por el concubinaje se perdió Tlatilolco. (Tezozomoc, 1949: 214-215)

Estos elementos aparecen en el relato de Salvador Novo que hace decir a Moquíhuix acerca de su esposa: “¿No es ya bastante sacrificio haber aceptado por esposa a la hermana de Axayácatl? ¿A esa mujer vestigio, flaca, negra, sin carnes, de pecho plano?” (Novo, 1965: 49). Añade que “¡le hieden atrocmente los dientes!” (Novo, 1965: 51), una información ya contenida en la *Crónica mexicáyotl* de Tezozomoc: “A la princesa Chalchiuhnenetzin le hedían grandemente los dientes, por lo cual jamás se holgaba con ella el rey Moquíhuix” (Tezozomoc, 1949: 213).

Esta reina se encuentra en el centro de un relato muy sorprendente. Diego Durán escribe así en *Historia de las Indias de Nueva España e islas de Tierra Firme* que:

El señor de Tlatelulco estaba casado con una hija o hermana del rey de México Axayácatl, la cual estando durmiendo dice la historia que soñó un sueño y fue que soñaba que sus partes impúdicas hablaban y que con voz lastimosa decían: “¡Ay, señora mía, y qué será de mí mañana a estas horas!”. Ella, despertando del sueño con mucho temor, contó a su marido lo que había soñado [...] El señor de Tlatelulco salió acá afuera para ver si en su casa estaba un viejo de muchos días, que a su parecer nunca le había visto, el cual estaba hablando con un perrillo y que le respondía a todo lo que le pregunt-

aba, y que en el fuego estaba una cazuela hirviendo, junto al viejo, y dentro de ella unos pájaros bailando, lo cual tuvo el rey por muy mal agüero, y que una máscara que estaba colgada en una pared empezó a quejarse muy lastimosamente, la cual el rey tomó e hizo pedazos. (Durán, 1967: capítulo 33)

Encontramos estas ideas en un pasaje de la obra de Salvador Novo:

Chalchiuhnenetzin. (Solemne). Que mis partes pudendas hablaban...

Moquíhuix (rápido). ¿Lo soñaste o es así?

Chalchiuhnenetzin. ...y me decían, con toda claridad: “¡Ay, señora mía! ¡Y qué será de nosotras mañana a esta hora!” [...]

Moquíhuix. ¿Qué ocurrió? ¿Qué viste?

Adivino (solemne). Un anciano, en cuclillas, sostenía una conversación... ¡con cuatro perros! [...]

Adivino (solemne). Era una máscara de jade, que colgaba de la pared. De pronto, sus ojos se animaron, me miraron, y sus labios de piedra, contraídos en un rictus sarcástico, pronunciaron palabras.

Tecónal. ¿Qué decían?

Adivino (fatal). Decían: “Contados son los días de Moquíhuix”.

Moquíhuix. ¡Cómo te atreves...!

Adivino (en trance). “Pues persiste, insensato, en desdeñar a su legítima reina y señora nuestra, y busca su contento en las numerosísimas concubinas que a semejanza del desastrado Huémac se hace hallar de especificaciones descomunales y difíciles, y las hacina y colecciona como un ejército, y con ellas se huelga, y despilfarra la simiente de su realeza, perezca en guerra que no ha tenido el juicio de evitar por conducta digna del rey que no merece ser” [...]

Adivino (vuelve en sí). Presa de natural indignación, arranqué la máscara y la arrojé al suelo. Se hizo pedazos. Pero los pedazos, ¡ay!, siguieron hablando, cada cual por su lado, frases confusas que unificaba una carcajada sarcástica y terrible. (Novo, 1965: 54-56)

Este relato constituye una primera ilustración de la presencia de los aspectos sexuales, tanto en ciertos episodios histórico-míticos precolombinos como en su transposición en la pieza de teatro de Salvador Novo. Dicha obra recuerda otros dos momentos que se relacionan con la sexualidad: el adulterio de Chalchiuhnenetzin³, hija del emperador azteca Axayacatl y esposa del rey de Texcoco Nezahualpilli y el comportamiento sexual de Moquíhuix.

2. LOS COMENTARIOS SOBRE LA SEXUALIDAD

Entre los aztecas, se castigaba severamente el adulterio (Dávalos López, 1998: 85-86; Hidalgo, 1979: 31; *Religión, costumbres e Historia de los antiguos mexicanos*, 1996: 159; “Historia de los mexicanos por sus pinturas”, 1965: 76). *La guerra de las gordas* evoca la ejemplaridad del castigo reservado a Chalchiuhnenetzin. Su marido Nezahualpilli habría invitado a la realeza de Tenochtitlán y de Tlacopan así como a todo el pueblo a asistir a la ejecución de la princesa por garrote:

Chicomexóchitl. No se esperó a crecer. Empezó a entrenarse muy en secreto. Todas las noches se daba grandes agasajos con los oficiales que le llenaban el ojo. [...]

Una noche entró (Nezahualpilli) y la encontró en un salón muy grande, lleno de estatuas con antorchas en las manos.

Xochihuetzi. ¿Jugando a las muñecas?

Chicomexóchitl. Le dijo que eran sus dioses. Y él se lo creyó.

Xochichihua. ¿Y no eran?

Xochihuetzi. ¡Sht! ¡Espérate!

Chicomexóchitl. Entró en sospecha. Y más cuando reconoció, en dos oficiales muy robustos de su guardia, unos bezotes que él le había regalado a Chalchiuhnenetzin.

[3] Tiene el mismo nombre que su tía de la que acabamos de hablar.

Xochichihua. ¡Ay caray!

Chicomexóchitl. Esa noche entró hasta su alcoba. Palpó el bulto en la cama. Era un muñeco. Llegó más adentro... y que se la va encontrando en gran regocijo con tres oficiales en el salón de las estatuas. [...]

Chicomexóchitl. [...] Su cólera no conoció límites. Convocó a todos los reyes vecinos a presenciar su justicia. La hicieron picadillo, con los oficiales y sus trescientos criados cómplices. Luego quemaron el palacio.

Xochichihua. ¡Pobre muchacha!

Chicomexóchitl. Era una sádica, una enferma. ¿Qué creen que eran las estatuas de las antorchas?

Xochichihua. Pues lámparas de pie.

Chicomexóchitl. Eran sus amantes. Los mandaba curtir... después. (Novo, 1965: 84-85)

En cuanto al comportamiento sexual de Moquíhuix, los *Anales de Cuauhtitlán* evocan sus supuestas costumbres voyeristas. Al soberano le hubiera gustado practicar el *fist fucking* y masturbarse mirando a sus esposas desnudas y lubricándose el pene con un jugo de cacto:

Antes que hubiese guerra, Moquíhuixtli hacía muchas maldades con las mujeres. Una hija de Axayacatzin, rey de Tenochtitlán, era la mujer de Moquíhuixtli; y esta señora refería todo en Tenochtitlán: cuantas eran las secretas pláticas guerreras de Moquíhuixtli las comunicaba a Axayacatzin. Por este tiempo escandalizó Moquíhuixtli con muchas cosas a la ciudad. A todas sus mujeres las incensaba, para que mucho se engrandecieran. A la señora hija de Axayacatzin por entre las piernas le metía la tabla del brazo, del codo a la muñeca, y con la mano le tentaba algo dentro de sus partes. Y dicen que habló la natura de la señora y dijo: “¿Por qué estás afligido, Moquíhuix? ¿Por qué has abandonado la ciudad? Nunca será; nunca amanecerá”. Luego sucedió

que echó su derrame en el interior del palacio. Aquel por pasatiempo bañaba su derrame con baba de nopal. Desnudaba a sus mujeres, que allí venían diariamente a ungrle; y él estaba viendo a cada una, etc. (“Anales de Cuauhtitlán”, 1945: 55)

Juan de Torquemada retrata también a Moquíhuix de manera muy negativa:

Dicen de este mal rey que era tan vicioso, que este día (con los otros antes) se entraba en los recogimientos de las mujeres, y que a las que mejor le parecían, de las que servían de tejer los ornamentos y vestiduras de la diosa Chanticon, las violaba, con que causó grandísimo escándalo en la república. Y no contento este hombre bestial de cometer este escandaloso pecado, hizo también traición a muchos de sus mayordomos y capitanes, de que todos estaban muy sentidos y aun con más ánimo de matarle que de matar a su enemigo. (Torquemada, 1975: capítulo LVIII)

Todos estos relatos se inscriben en una voluntad de hacer despreciable al soberano y explicar cómo sus malas costumbres lo condujeron a la calamitosa derrota militar de la que hablaremos más adelante.

En la pieza de Salvador Novo, Tecónal, el consejero de Moquíhuix, alude a estos rumores pero los desmiente: “Cronistas e historiadores han prestado oídos a las más escandalosas murmuraciones acerca de su comportamiento. No voy a juzgarlo. Además, que la gente siempre exagera y les inventa mil cosas a los poderosos” (Novo, 1965: 47).

3. LAS MUJERES DESNUDAS

El episodio clave de la pieza es el siguiente:

Axayácatl. ¿Y no atacaron?

Cocipantli. Sí. Y en masa. Pero no les podíamos responder con las mismas armas.

Tlacaélel. ¿No tenemos hondas? ¿Macanas? ¿Flechas?

Cocipantli. Sí, Cihuacóatl, ¡pero no leche!

Axayácatl. ¡Leche!

Cocipantli. El batallón más espeluznante de mujeres en cueros irrumpió entre nosotros. Venían dando alaridos y golpeándose las barrigas. Quedamos paralizados de estupor. Y cuando nos tuvieron cerca, ¡se exprimieron las chichis y bañaron nuestras caras con chorros de leche tibia y espesa!

Axayácatl. ¡El arma secreta! ¡La pompa atomizadora!

Cocipantli. No nos atrevemos a atacarlas, a menos que tú nos lo ordenes.

Axayácatl. ¿Dónde están ahora?

Cocipantli. Por todas partes. Hay lo menos una por cada soldado de los nuestros. Y tienen una robusta retaguardia. ¿Qué hacemos? Esto no entraba en nuestros planes.

Axayácatl. ¡Vaya servicio de inteligencia que tenemos! ¡Nuestros estrategias debieron preverlo!

Tlacaélel. Pero ¡los tlatelolcas!, ¡los hombres!; ¿no hay hombres en Tlatelolco?

Cocipantli. No aparecen.

Tlacaélel. ¡Cobardes! ¡Mal nacidos! ¡Patos!

Cocipantli. Nuestros hombres no se esperaban un desayuno tan intempestivo.

Axayácatl. ¿Quieres decir que...?

Cocipantli. Que pasado el primer desconcierto, lo empezaron a tomar a risa. Y luego empezaron a tomarlo... sin risa. Han depuesto las armas. Los más jóvenes se despojan del uniforme y se dejan perseguir

hacia las milpas. Es una verdadera desbandada. Desde aquí puedes verlo, señor, por ti mismo. (Axayácatl cruza a ver el fondo) [...] Tomahuazintli. Tecónal me revolvió entre las gordas que mandó a la batalla. Moquíhuix había ordenado que todas sus concubinas integraran el escuadrón de la madrugada como le llamaron. [...] En su lugar llegó Tecónal, arreó con todas –tal como estábamos– y nos juntó con las demás en la plaza. Las más gordas fungían como capitanas. Decían tener órdenes secretas que todas debíamos obedecer para salvar a la patria en peligro. Lo demás ya lo sabes. Yo estaba desarmada, pues no tengo leche. No es tiempo. Logré escabullirme. Y aquí estoy. (Novo, 1965: 77-79)

Se alude a la guerra entre Tlatelolco y Tenochtitlan en 1473. Según Diego Durán, los guerreros de Tlatelolco, dirigidos por Moquíhuix (los de Tenochtitlán lo eran por Axayacatl), que estaban a punto de perder el combate, habrían mandado al combate a algunos niños y mujeres desnudas. Las mujeres habrían luchado apretando sus senos con el fin de extraer leche y arrojarla a sus enemigos:

Moquíhuix y Tecónal, viéndose perdidos y que la gente huía, más que peleaba, subiéronse a lo alto del templo, y para entretener a los mexicanos y ellos poderse rehacer, usaron de un ardid, y fue, que juntando gran número de mujeres y desnudándose todas en cueros, y haciendo un escuadrón de ellas, las echaron hacia los mexicanos que furiosos peleaban. Las cuales mujeres, así desnudas y descubiertas sus partes vergonzosas y pechos, venían dándose palmadas en las barrigas y otras mostrando las tetas y exprimiendo la leche de ellas y rociando a los mexicanos. (Durán, 1967: tomo 2, 263)

El relato de Fernando Alvarado Tezozomoc, única otra fuente que menciona este episodio, es algo distinto al de Diego Durán, pero se sabe que la imaginación no le faltaba al autor de la *Crónica mexicana*:

Con esto enviaron Moquíhuix y Tecónal a dos o tres mujeres con las vergüenzas de fuera y las tetas, y emplumadas; con los labios colorados de grana, motejando a los mexicanos de cobardía grande. Venían estas mujeres con rodelas y macanas para pelear con los mexicanos, y tras estas mugeres siete u ocho muchachos desnudos con armas a pelear con los mexicanos. Visto esto los capitanes mexicanos, a una vez dirigieron: ea mexicanos, a fuego y sangre. Tornó Axayacatl a rogarles con la paz, condoliéndose de los viejos, mugeres, niños y criaturas de cuna, y les decía: depongamos nuestras armas, y que se acabe todo; jamás quisieron. Con esto, y con la grito de ambas partes, las mugeres desnudas y desvergonzadas comenzaron a golpearse sus vergüenzas, dándoles de palmados, y los muchachos arrojaron sus varas tostadas, y comenzaron a volver las espaldas y subirse encima del templo de Huitzilopochtli, y desde allá se alzaron otras mugeres las naguas y les mostraron las nalgas a los mexicanos. (Tezozomoc, 1975: 392)

Si algunas excavaciones en Teotihuacán llevadas por Saburo Sugiyama permitieron descubrir dos sepulturas de cuatro mujeres guerreras, pocos son los relatos que, en Mesoamérica, evocan la presencia efectiva de combatientes femeninas en el ejército. De hecho, si creemos a Tezozomoc, un Cihuácoatl, es decir, uno de los dos dirigentes aztecas, habría declarado durante las guerras floridas que “es necesario que todos los mexicanos, con excepción de los ancianos, las mujeres y los niños menores de diez años, tomen parte en esta guerra” (Tezozomoc, 1997: 160). Los *Anales de los Cakchiqueles* mencionan, por su parte, la aparición durante una batalla de cuatro mujeres armadas “de cotas de algodón y de arcos, disfrazándose para la guerra como cuatro jóvenes guerreros” (*Anales de los Cakchiqueles*, 1967: 61). Notaremos que dos dibujos que ilustran respectivamente el *Manuscrito Tovar* y la obra de Diego Durán muestran a dos mujeres que luchan durante batallas

entre Tenochtitlan y Azcapotzalco así como contra los tepanecas. Por su lado, Juan de Torquemada evoca la existencia de prostitutas que acompañan las tropas y luchan con ellas durante las fiestas tlaxcaltecas de la veintena Quecholli:

En este mes llamado Quecholli, se manifestaban las mujeres públicas y deshonestas y se ofrecían al sacrificio en traje conocido y moderado que eran las que iban a las guerras con la soldadesca y las llamaban Maqui, que quiere decir las entremetidas, y se aventuraban en las batallas, y muchas de ellas se arrojaban a morir en ellas. (Torquemada, 1975: 251)

Si la presencia de las mujeres durante los combates no puede descartarse completamente, parece lógico que la presencia femenina responda a exigencias circunstanciales. Debido a la ausencia de sus maridos o para ayudarles, las mujeres habrían defendido sus bienes o, movidas por un deseo de venganza, se habrían vengado. Es, por lo menos, lo que dejan entender numerosos testimonios como el de Ixtlilxochitl que evoca las batallas de los ejércitos de Topiltzin en 1008 durante las cuales “pelearon también muy valerosamente muchas matronas Tultecas, ayudando a sus maridos, muriendo y venciendo muchas de ellas” (Ixtlilxochitl, 1891: tomo 1, 53). Por su parte, hablando de la Nueva España, el agustino Jerónimo Román y Zamora explica que “[p]eleaban también las mujeres de los indios cuando había necesidad, y principalmente cuando los enemigos estaban riberas de los ríos, podían ellas mucho, porque eran nadadoras y metíanse en el agua y tiraban sus arcos y después chapuzábanse y quedaban seguras de sus contrarios” (Román y Zamora, 1897: tomo 2, libro 3, capítulo 10, 180). Describiendo la llegada del conquistador Cristóbal de Oñate a un pueblo chichimeca, Juan de Sámano relata también que el conquistador “dio en un escuadrón de indios e mujeres e muchachos, e dijo que se habían

querido defender” (Sámano, 1891: tomo 2, 128). A través de todos estos ejemplos, trasparece la idea de que la intervención femenina sólo responde a una situación coyuntural. Por otra parte, su presencia al lado de los hombres podría explicarse por funciones de intendencia. Llevarían la comida y las municiones y prepararían la comida.

En otro contexto, el religioso, se sabe que las comadronas aztecas tomaban las armas para proteger la cabellera y el dedo mayor de la mano izquierda de las mujeres muertas durante el parto, porque eran considerados talismanes durante las batallas. Armadas de espadas y escudos, estas ancianas se convertían en guerreras empedernidas que entraban en un verdadero combate contra los *telpochtin*, hombres jóvenes que querían robar el cuerpo de la muerta (Sahagún, 1969: 142-145).

Aunque quedamos circunspectos frente a los testimonios de Diego Durán y de Tezozomoc acerca de la presencia de mujeres desnudas durante la guerra de Tlatelolco, sus relatos no carecen de verosimilitud. En efecto, unos mitos huicholes contemporáneos recuerdan que sólo los que pueden permanecer impasibles delante de una diosa desnuda pueden triunfar contra todas las pruebas (Graulich, 1988: 81). En un texto quiché, el *Título de los Señores de Totonicapán*, se sobreentiende la misma idea. Este relato recuerda que, durante la llegada de los toltecas a Guatemala, éstos mandaron hacia los ejércitos mayas a sus mujeres más hermosas para distraer a los combatientes y hacer más fácil la conquista:

Cada siete días los sacrificadores, nuestros abuelos y padres, se bañaban: (viendo esto) las parcialidades dijeron: “Vengamos a vencerlos al agua caliente en su baño. Ellos tienen poder y gloria sólo porque nunca ven mujeres. Adornemos y decoremos a tres muchachas vírgenes bonitas para que vayan con ellos. Ojalá que los atraigan y que los corazones de Tojil, Awilix y Jack’awits no los desprecien.

Así fácilmente vamos a poder matarlos”, dijeron. (*Título de los Señores de Totonicapán*, 1983: 180)

Sin embargo, los quichés se mostraron más inteligentes que los toltecas y lograron que las mujeres se unieran a su causa (*El Título de los Señores de Totonicapán*, 1983: 180-181). Dado que el punto de vista del relato es el de los propios quichés, el valor del testimonio puede parecer dudoso. Este relato corrobora por lo menos la idea de que las mujeres podían utilizarse para desviar la atención de los enemigos.

Durante la batalla descrita por Durán y Tezozomoc, se habla de la presencia de otro grupo de mujeres de Tlatelolco que enseñan sus nalgas. Esto traduce la voluntad de burlarse de los enemigos. En las mentalidades aztecas, se ve a la mujer metafóricamente como el “escudo de la familia” que garantiza, a través de sus actividades cotidianas, el bienestar de su familia. De esta idea nació la creencia de que las nalgas de las mujeres pueden absorber y neutralizar todos los objetos peligrosos tal como lo haría un escudo. Esta creencia sigue existiendo en Zinacantan, un pueblo de las tierras altas del Chiapas que ya estaba bajo el control azteca en el momento de la conquista española. También se encuentra en la comunidad vecina de Chamula. Los habitantes de esta última ciudad afirmaban que, durante la Guerra de las Castas de 1867-1870 entre indígenas y ladinos, las mujeres intervinieron en los conflictos exhibiendo su trasero para neutralizar el tiro de los fusiles de los ladinos y recuperar las balas enemigas en su ano... (Klein, 1993: 43-46).

En conclusión sobre el episodio de las mujeres desnudas, aunque la veracidad de las palabras de Durán y de Tezozomoc pueda ponerse en duda debido a lo ridículo de la situación, cabe notar que la presencia de las mujeres durante batallas no era imposible aunque poco frecuente y que la desnudez femenina podía eventualmente formar parte de las estrategias destinadas a luchar contra el enemigo. Su participación

habría servido para romper el ritmo sanguinario de los partidarios de Axayacatl que estaban a punto de ganar la batalla o pacificar a los enemigos al utilizar la compasión, aunque Tezozomoc rechaza esta hipótesis.

Si admitimos la posibilidad de que el rey de Tlatelolco haya decidido utilizar a algunas mujeres para neutralizar al enemigo, hace falta considerar también el relato de Diego Durán en el contexto de la condena de los hombres que no estuvieron a la altura de su género. Diego Durán, que recibe sus informaciones de los indígenas, escribe aquí desde el punto de vista de los habitantes de Tenochtitlan, es decir de los vencedores, que quieren ridiculizar a sus enemigos. La intervención de las mujeres de Tlatelolco desacredita completamente la bravura de los guerreros de esta ciudad que no están conformes con las “esperas” de su identidad genérica.

4. LA MUERTE DE MOQUÍHUIX

La misma idea se sugiere a través de la muerte de Moquíhuix. Los relatos de los cronistas hablan de suicidio o de muerte durante un combate. Según Jerónimo Mendieta, Moquíhuix, preso de pánico, se habría refugiado dentro de un templo pero, frente a la idea de aparecer como un rey cobarde, se habría suicidado arrojándose de la pirámide:

En el año de mil y cuatrocientos y sesenta y nueve entró en el señorío el primero de estos hermanos, dicho Axayacatzin. Este conquistó treinta y siete pueblos, y entre ellos al Tlatelulco, su convecino, siendo señor de él Moquíhuix, hombre poderoso: y por ser bullicioso, dando ocasión al señor de México de trabar guerra con él, hubo entre ellos grandes batallas en que el Moquíhuix, yendo huyendo de vencida, se retrujo á un templo, y porque un sacerdote se lo reputó á cobardía, se despeñó de despecho de un pináculo alto, de que murió. El señor de

México consiguió la victoria, y desde entonces fueron los de Tlatelulco vasallos del señor de México, pagándole sus tributos. (Mendieta, 1971: capítulo 35, 142)

Bernardino de Sahagún comparte este punto de vista: “siendo vencido y desesperado el dicho Moquíhuixtli subió por las gradas del cu de sus ídolos, que era muy alto, y desde la cumbre del dicho cu se despeño hacia abajo y así acabó su vida” (Sahagún, 1979: libro 8, capítulo 2, párrafo 4). Otras cronistas, como Juan de Torquemada, insisten más en la cobardía del soberano de Tlatelolco:

[...] muchos de los propios tlatelulcas que se veían morir y acabar sin remedio, y oían las voces de Moquíhuix que los animaba, le decían: “Bujarrón, afeminado, baja acá y toma las armas, que no es de hombres estar mirando en la guerra a los que pelean, y si no, nosotros subiremos allá a derribarte del templo, por habernos metido en guerra que jamás quisimos”. (Torquemada, 1975: capítulo LVIII)

Diego Durán, en cuanto a él, no evoca el suicidio sino una muerte directa dada por Axayacatl: “El rey [Axayacatl], entrando osadamente junto al mismo ídolo y altar, los mató [Moquíhuix y Tecónal] y sacó arrastrando y echó por las escaleras abajo del templo” (Durán, 1967: tomo 1, capítulo 34). José de Acosta relata lo mismo: “No se le escapó a Ajayaca el señor de Tlatellulco, porque pensando hacerse fuerte en lo alto de su templo, subió tras él y con fuerza le asió y despeñó del templo abajo, y después mandó poner fuego al templo y a la ciudad” (Acosta, 1998: libro 7, capítulo 18, 435). Salvador Novo retoma dicha tesis en *La guerra de las gordas*:

Chicomexóchitl. [...] En cuanto vieron despeñar del templo a Moquíhuix, se rindieron. [...]

Xochihuetzi. [...] De cómo el rey mató a Moquíhuix. ¿No se había fugado a Tlacopan?

Chicomexóchitl. Eso lo quiso hacer creer a Axayácatl. Se valió de una traidora, doncella de Chalchiuhnenetzin.

Xochichihua. ¿La que mondaron hoy?

Chicomexóchitl. Esa misma. Se fingió víctima de Moquíhuix, leal a Axayácatl, y quiso desviarlo hacia Tlacopan. El rey simuló creerla; pero dio la vuelta y cayó de sorpresa sobre Tlatelolco. Moquíhuix no se lo esperaba. Creía que sus gordas ya habrían acabado con los tenochca. Y que los traidores de Tlacopan acabarían con Axayácatl.

Xochihuetzi. ¡Y allí fue Troya!

Chicomexóchitl. Exacto. El muy cobarde corrió a refugiarse en el templo. Todavía soltó un batallón de niños desnudos y pintarrajeados a estobar el avance. No le valió de nada.

Xochichihua. ¿Lo mató Tlacaélel?

Chicomexóchitl. No. El propio Axayácatl. Es lo que me hubiera gustado ver. Cuando lo empujó por la escalinata, después de noquerarlo a macanazos en combate singular. (Novo, 1965: 82-83)

Cualquiera que sea la modalidad de la muerte de Moquíhuix, lo interesante es señalar que su cobardía corresponde al deshonor supremo para los hombres aztecas que debían ser buenos guerreros y cazadores. La afirmación del coraje y de la valentía se expresa claramente en el *Códice Ramírez* que explica que, en Tenochtitlan, los hombres debían exhibir orgullosamente las insignias adquiridas durante los combates “para que se conociesen los que eran cobardes y de poco corazón” (*Códice Ramírez*, 1979: 182). Esta ley era tanto más estricta cuanto que establecía que “el que no supiere ir a la guerra, no fuese tenido en cosa alguna, ni reverenciado, ni se juntase, ni hablase, ni comiese con los valientes hombres, sino que fuese tenido como hombre excomulgado o como miembro apartado [...] podrido y sin virtud” (*Códice Ramírez*, 1979: 182). Esta obligación trasparece también en el episodio de la huida de Moctezuma a Cincalco, la paradisíaca “Casa del Maíz”. Tez-

catlipoca, quien vigilaba la entrada del lugar, mandó a su representante humano para burlarse del fugitivo. Su estrategia funcionó porque Moctezuma entendió que tenía una actitud cobarde y se resignó a su suerte (Durán, 1967: tomo 1, capítulo 67, 567-568; Tezozomoc, 1997: capítulo 105, 187).

* *
*

A modo de conclusión, si esperamos que este artículo pueda facilitar la comprensión de ciertas acciones y elementos de la obra teatral de Salvador Novo, también tiene otro propósito, menos explícito, el de mostrar que Quetzalcóatl, Moctezuma y Cuauhtémoc no son los únicos “personajes” históricos y míticos en ser recuperados por los escritores mexicanos y que los indígenas, por lo menos tal como nos lo enseñan las fuentes consultadas, tenían leyendas divertidas en las que la sexualidad y el género desempeñaban una función esencial.

BIBLIOGRAFÍA

CORPUS

Novo, Salvador (1965), *Teatro mexicano 1963*, México, Aguilar.

FUENTES

Acosta, José de (1998), *Historia natural y moral de las Indias*, edición de Antonio Quilis, Madrid, AECI.

“Anales de Cuauhtitlán” (1945), *Códice Chimalpopoca, Anales de Cuauhtitlán y Leyenda de los Soles*, edición de Primo Feliciano Velázquez, México, UNAM.

Anales de los Cakchiqueles (1967), La Habana, Casa de Américas.

- Códice Ramírez. Relación de los indios que habitan en esta Nueva España* (1979), México, Innovación.
- Durán, Diego (1967), *Historia de las Indias de Nueva España e islas de Tierra Firme*, edición de Ángel María Garibay, México, Porrúa.
- El Título de los Señores de Totonicapán* (1983), edición de Robert Carmack y James Mondloch, México, UNAM.
- “Historia de los mexicanos por sus pinturas” (1965), *Teogonía e Historia de los mexicanos. Tres opúsculos del siglo XVI*, edición de Ángel María Garibay, Porrúa, México.
- Ixtlilxochitl, Fernando de Alva (1891), *Obras históricas*, edición de Alfredo Chavero, México, Secretaría de Fomento.
- Mendieta, Jerónimo (1971), *Historia Eclesiástica Indiana*, México, Porrúa.
- Religión, costumbres e Historia de los antiguos Mexicanos. Libro explicativo del llamado códice Vaticano A* (1996), edición de Ferdinand Anders y Maarten Jansen, Graz-México, Akademische Druck-und Verlagsanstalt-FCE.
- Román y Zamora, Jerónimo (1897), *Repúblicas de Indias*, Madrid, Victoriano Suárez.
- Sahagún, Bernardino de (1969), *Augurios y abusiones*, edición y traducción de Alfredo López Austin, México, UNAM.
- Sahagún, Bernardino de (1979), *Códice Florentino. Historia general de las cosas de Nueva España*, México, Secretaría de Gobernación, Archivo General de la Nación.
- Sámano, Juan de (1891), “Relación de la conquista de los Teules chichimecas que dio Juan de Sámano”, *Colección de documentos para la historia de México*, edición de Joaquín García Icazbalceta, México.
- Tezozomoc, Fernando de Alvarado (1949), *Crónica mexicáyotl*, edición de A. León, México, UNAM.

Tezozomoc, Fernando de Alvarado (1975), *Crónica mexicana*, México, Porrúa.

Tezozomoc, Fernando de Alvarado (1997), *Crónica mexicana*, edición de Gonzalo Díaz Migoyo y Germán Vázquez Chamorro, Madrid, Historia 16.

Torquemada, Juan de (1975), *Monarquía Indiana*, México, Porrúa.

ESTUDIOS

Dávalos López, Enrique (1998), “La sexualidad en los pueblos mesoamericanos prehispánicos. Un panorama general”, *Sexualidades en México. Algunas aproximaciones desde la perspectiva de las ciencias sociales*, edición de Ivonne Szasz y Susana Lerner, México, El Colegio de México, pp. 71-106.

Durand-Forest, Jacqueline (1986), “La femme dans la société aztèque”, *Femmes des Amériques*, bajo la dirección de Claire Paillet, Toulouse, Universidad de Toulouse-Le Mirail, 1986, pp. 9-18.

Graulich, Michel (1988), *Quetzalcóatl y el espejismo de Tollan*, Amberes, Instituut voor Amerikanistiek.

Hidalgo, Mariana (1979), *La vida amorosa en el México antiguo*, México, Editorial Diana.

Klein, Cecelia (1993), “The Shield Women: Resolution of an Aztec Gender Paradox”, *Current Topics in Aztec Studies: Essays in Honor of Dr. H.B. Nicholson*, edición de Alana Cordy-Collins y Douglas Sharon, San Diego Museum Papers, pp. 39-64.

Weil, Françoise (1984), “La relation de voyage : document anthropologique ou texte littéraire”, *Histoires de l'anthropologie : XVI^{ème}-XIX^{ème} siècles*, edición de Britta Rupp-Eisenreich, París, Klincksieck, pp. 55-65.